

## CAPITULO XXV.

## COMBATE DE LA BUFA.

Resuelta la defensa de la plaza de Zacatecas en los momentos en que ya se avistaban las tropas del gobierno, apenas tuvo nuestro general en jefe el tiempo suficiente para reconocer las posiciones que le iban á servir de apoyo, con una simple ojeada.

Al general Donato Guerra lo situó en las faldas del cerro de la Bufa, dando frente al camino de Guadalupe que traia el general Rocha. Una simple guerrilla fué colocada en el cañon de Guadalupe, la cual se componia de unos cien dragones de los de Martinez mandados por el coronel Macias. Este jefe, con esa fuerza totalmente insignificante, era el que debia impedir el paso á todo el ejército enemigo. Al frente de la Bufa y al parecer muy inmediato, pero con mas de un cuarto de legua de distancia, hay otro cerro menos ele-

vado que sellama Las Bolsas; allí recibió orden de situarse el general Pedro Martinez con su division. Pero lo que llenó de estupor á todos, fué que se mandara subir á toda nuestra caballería que era lo mejor de nuestras fuerzas, á la cumbre de la montaña que está encima de las Bolsas, sin duda para impedir al enemigo que ocupara aquella posicion que es muy dominante, en lo cual de seguro no llegó á pensar, ya porque queda tal posicion demasiado léjos, ya porque no se proponia perder el tiempo disputando las cimas. El caso fué que todos prorumpimos en una exclamacion de dolor al ver completamente inutilizada nuestra famosa caballería. Desde el punto en donde nos encontrábamos, presentaba un golpe de vista imponente formada allá en lo mas alto en batalla á una legua de distancia del enemigo, pero este tenia que intimidarse poco con aquel aparato, porque para que pudiera darle una carga necesitaba de dos horas para bajar, y porque una vez abajo, no podria maniobrar entre las asperezas del terreno.

Nuestra caballería por lo consiguiente fué declarada una fuerza inútil en aquel hecho de armas. Los que fiaban el éxito de nuestra primer batalla á un golpe de tres mil caballos cargando al sable en una llanura, no dejaron de lamentar que estuvieran trepados sobre la montaña presenciando tranquilamente el combate que se libraba en las faldas de la Bufa.

Tampoco podian protegerse el general Guerra y el general Martinez, estando á semejante distancia, ni entre sí podian siquiera comunicarse frecuentemente

el general en jefe que estaba en el cerro de la Bufa y los demas que estaban en las otras cimas, y apenas con la vanguardia que estaba estendida á sus pies en un declive de cosa de media legua.

Si se hubiera estudiado concienzudamente la manera mas precisa de poner á nuestros cuerpos de ejército en la imposibilidad de protegerse unos á otros, no se habria encontrado en muchos dias, y sin embargo en pocos momentos el general Treviño resolvió aquel problema admirablemente.

De la manera como estaba colocado el ejército revolucionario equivalia á decir al enemigo: «Ven, aquí estamos para que nos despedaces sin ningun trabajo.» Seguramente en los anales de la guerra no debe haber un caso igual, en que á un general en jefe se le haya ocurrido entregar así su ejército, reduciéndolo antes á su mas simple expresion.

Su caballería que podia en un campo abierto, tal vez hasta decidir la suerte del combate con una soberbia carga al sable, fué nulificada completamente, poniéndola fuera de tiro y fuera de accion, como he dicho antes, en una eminencia.

Los cuerpos de infantería fueron diseminados en los cerros de la Bufa y de las Bolsas á distancias enormes desde las cuales no era posible que se protegieran unos á otros.

La artillería fué tambien colocada en las planicies de las dos posiciones sin poder hacer punterias sobre el enemigo que se puso en cinco minutos debajo de los fuegos.

El general en jefe no podia colocarse en un punto desde donde pudiera dominar con su accion, ya porque se le ocultaban las propias fuerzas y las contrarias en las sinuosidades del terreno, ya porque no contaba con medios rápidos para transmitir sus órdenes. Un ayudante que mandara por ejemplo á la caballería, tenía que gastar cuatro horas de camino por mucho que se apresurara. Con el cerro de las Bolsas podia comunicarse en dos ó tres horas.

Se pensó en establecer un hilo telegráfico, pero ya no habia tiempo para esta operacion y se olvidó convenir siquiera en un telégrafo de señales.

Hasta un general ménos esperto que Rocha pudo haber comprendido el desconcierto en que estábamos y sacar ventajas de nuestra malísima posicion. Una simple ojeada bastaba para comprender que teniamos situadas nuestras tropas de la única manera á propósito para que fueran fácilmente derrotadas. En cualquier otro punto, en cualquiera otra situacion, en cualquier otro terreno, la victoria habria tenido que ser muy disputada.

La primera víctima fué Donato Guerra.

Estendida como estaba su fuerza en las faldas del cerro de la Bufa sin poder ser sostenida por la artillería, fué fácilmente cortada y envuelta por las tres columnas que atacaron á la vez aquellas posiciones.

Mientras que esas tres columnas marchaban sin vacilar por lo que se pudiera llamar nuestro frente, los magníficos cañones que llevaba el enemigo rompieron un fuego vivísimo sobre toda nuestra línea, fijan-

do principalmente sus punterías para el cerro de Bolsas y la Bufa, no sin que muchas bombas y granadas dejaran de ir á estallar en algunas casas de la población.

En tanto que Donato Guerra hacía esfuerzos prodigiosos para concentrar en un solo punto sus maltratadas fuerzas para detener el empuje de las columnas enemigas y seguir peleando por su propia cuenta sin sujetarse ya á plan alguno, el general en jefe, que seguramente juzgó que aquello iba largo y que la resistencia podía prolongarse todo el día, acompañado de su Estado Mayor y de varios jefes que tenían mando inmediato de fuerza, bajó á la ciudad y entró á comer tranquilamente en un Restaurant.

El general Martinez en el cerro de Bolsas, procuró en lo posible poner sus tropas al abrigo del horrible cañoneo de que eran objeto, sin duda para que no pudieran proteger á la Bufa, y en cambio situó sus baterías de la mejor manera que pudo para contestar aquellos fuegos, probablemente con muy poco éxito, porque ya he dicho que el enemigo estaba debajo completamente de los planos desde donde podían enfilarse las punterías. Nuestros fuegos de cañon eran por lo mismo casi inútiles y nuestra fusilería no podía tener el alcance que era necesario para prestar algun auxilio á los puntos atacados. Además las órdenes del general en jefe eran terminantes para que se sostuviera la posición enteramente inútil que teníamos en Bolsas. Desde ese punto se pudo ver perfectamente que

del campo enemigo fué destacada una gruesa columna hacia la derecha, con el ánimo de voltear el cerro de la Bufa y cogernos á todos por la espalda.

Entonces el general Martinez me insinuó la conveniencia de avisar al coronel Francisco Martinez, que era á la vez el pagador general, que pusiera en salvo los fondos de la pagaduría y los equipajes. El hermano del general por sus enfermedades, que ya entonces empezaban á agobiarlo, no podía resistir el trabajo activo que requería el mando de un cuerpo de caballería, y aunque no sin resistencia, tuvo que resignarse á desempeñar el pasivo papel de pagador.

Ninguno podía cumplir mejor que yo aquella comisión de confianza y baje á la ciudad á cumplirla. Esto me serviría de paso para comer, ya que no había probado bocado desde el día anterior, y mandar algun refrigerio á mis amigos. El tiempo me sobraba además para regresar y poderme encontrar en lo recio de la refriega que sería, según calculábamos, de las cuatro de la tarde en adelante. Era el punto del medio día cuando se iniciaba el combate en las faldas de la Bufa y cuando pasaban todas estas cosas que estoy refiriendo.

Media hora después llegué á la ciudad y fué cuando tuve oportunidad de ver al general en jefe, al general Naranjo, al general Laing y á otros jefes de alguna importancia sentados á la mesa en el Restaurant en que fuí á buscar al pagador y también á satisfacer mi apetito.

Allí oí espresar la opinión de que siendo tan ventajosa

josas nuestras posiciones, el enemigo iba á ser prontamente rechazado y en el segundo ataque que con toda seguridad intentaria, la Division de Martinez bajaría á batirlo por su flanco izquierdo y la caballería, dándole la última carga, haría que dejara en nuestro poder todos sus cañones y demas elementos de guerra.

Sin embargo, á esa sazon se recibió á un emisario del general Guerra el cual decia que no podria sostenerse mas, si no se le mandaban refuerzos. Inmediatamente se salió el general en jefe seguido de los subalternos que le rodeaban, montó á caballo y se fué á lo mas encumbrado de la Bufa á dictar sus disposiciones, para lo cual ya no tuvo tiempo segun lo que pude calcular.

Yo me dirigí al alojamiento del pagador y luego que ví que estaban cargadas las mulas del dinero y los equipajes, segun las instrucciones, que tenia le insinué lo conveniente que seria que saliera de la poblacion con su escolta de diez hombres, mientras yo me volvía al cerro de Bolsas. En efecto, tomé aquel camino y el pagador tomó el suyo con direccion á la garita.

Apenas habia recorrido dos calles cuando percibí que en el cerro de la Bufa corrian los soldados en todas direcciones y que en el de Bolsas se replegaban las fuerzas que habian tratado de bajar á la falda para amagar un flanco del enemigo protegiendo la columna de Guerra. El enemigo, á lo que pude comprender, se encontraba ya en la cima de la Bufa á la

cual habia podido llegar por algun pasaje de nuestro flanco izquierdo que se le habia dejado descubierto.

Anduve otro poco siempre en direccion de Bolsas, seguido de dos oficiales que me acompañaban y mi asistente, cuando me tropecé al cruzar la calle con una fuerza de cincuenta hombres de blusas coloradas que mandaba el coronel Macias.

—A donde vá vd? me preguntó.

—Al cerro de Bolsas.

—Ya no es posible, el enemigo con quien he sostenido una recia escaramuza en el paso de Guadalupe, viene siguiéndome.

En ese momento vimos que en efecto una fuerza desembocaba por la misma calle y nos dirigia algunos tiros que le fueron contestados. Se detuvo un poco, pero como pronto volvió á la carga, seguimos retirándonos paso á paso deteniéndolo con el fuego que le hacian los hombres que cubrian nuestra retaguardia.

Casi al salir á las últimas calles de la poblacion estaban en el lado de la sombra, Benitez, Curiel, y algunos otros oficiales dispersos, que esperaban noticias seguras para tomar alguna determinacion. Yo les hice saber que ya estaba el enemigo en la plaza y siguieron unidos á nuestra pequeña fuerza que era la única que por entónces se presentaba un poco organizada.

Apenas dejamos atras las últimas casas y salimos á la llanura, pasó lo que pasa siempre, el desorden provocado y llevado á su colmo por los pusilánimes. Habiamos reunido nosotros unos trescientos hom-

bres entre oficiales y soldados dispersos, pero pasaba alguno que gritaba "Allí vienen" y nos dispersaban nuestro pequeño ejército. Hasta ese momento íbamos reunidos sin plan, ni concierto, ni camino fijo. Benitez queriendo dar á nuestra retirada alguna organizacion exclamó:

—¡Viva nuestro coronel, muchachos! Aquí está nuestro jefe.

Y me proclamó á mi el coronel de los dispersos.

No sabia probablemente que en el dia anterior habia sido dado á reconocer por la orden del dia como general de brigada.

Me aceptaron como jefe los que allí habia, repitiendo mi nombre con algazara.

Acepté por mi parte y mandé hacer alto mientras los clarines tocaban llamada de tropa y con la gente de armas mejor montada mandaba reunir los dispersos que iban por sendas extraviadas; pero esto duró mientras no hubo uno que diera la señal de alarma. Este fué un oficial que señalando una polvareda que se levantaba á nuestro flanco derecho, gritó con voz destemplada:

—¡El enemigo!

Entonces todos mis subalternos se desbandaron como codornices.

---

## CAPITULO XXVI.

### OTRA NOCHE TRISTE.

La derrota de la Bufa se habia consumado á eso de las tres de la tarde, y aunque se oian todavia algunos tiros aislados en la ciudad y fuera de ella, provenian los primeros de que se estaban abriendo algunas tiendas á balazos para saquearlas y los segundos particulares entre propios y extraños.

Parece que Rocha no mandó inmediatamente ninguna fuerza de caballería en persecucion de nuestros dispersos, temeroso de que fuera atacada su retaguardia ó por no estar bastante fuerte para resistir un ataque de la Division de Martinez y de nuestra caballería, que habian quedado intactas ocupando las eminencias, lo cierto fué que los derrotados nuestros iban tan medrosos que se asustaban con su propia sombra.